

## El fervor de Scheherazada



Para los que de una forma u otra estamos ligados al oficio de escribir y al ejercicio de leer, la fábula de Scheherazada ejerce siempre una renovada fascinación. La adorable narradora de *Las Mil y Una Noches* se ha convertido en el modelo de todos los que pretenden, a través de sus historias, seducir a los otros.

El sultán Shahriar, convencido de que todas las mujeres son infieles porque una de sus esposas lo engañó (no es el caso discutir aquí la validez de esta creencia), se dedica a gozar de una virgen cada noche y a cortarle la cabeza al siguiente amanecer. Más de tres mil vírgenes llevaba sacrificadas el rencoroso sultán antes de encontrarse con Scheherazada, la hija del visir, que se ofreció voluntariamente la inmolación conociendo el peligro que desafiaba y a despecho del consejo de su padre, quien no podía imaginar que la princesa tenía un plan. La primera noche que Scheherazada y Shahriar pasaron juntos, la muchacha se dedicó a contarle un cuento a su hermana, a modo de despedida, pero llegó el amanecer y el cuento prometía continuar con otras historias más encantadoras aún. Shahriar dispensó y le dio una oportunidad más a Scheherazada y así, noche tras noche se acumularon 1.001 historias que cambiaron al sultán, quien después de tener tres hijos con ella y haberse acostumbrado a las historias de la audaz princesa no tuvo más remedio que hacerla su esposa.

Normalmente la figura de Scheherazada, se asume desde la perspectiva del contador de historias que

se juega la vida cada noche; así se esmera en que cada historia sea mejor que la anterior, así busca terminar cada historia sembrando el gancho de la siguiente, así explota los momentos de intriga, tensión y amor de cada cuento, así borda, palabra con palabra, línea tras línea y párrafo por párrafo, la obra que todavía nos maravilla y cuyos traductores despertaron la curiosidad de un infatigable fisgón llamado Jorge Luís Borges.

Y así también Scheherazada, el nombre visible de anónimos narradores árabes, nos enseña el arte del cuento, aunque no fuera eso lo que la princesa buscaba.

*La princesa está contando.... ¿Qué pretenderá la princesa?*

No hay duda de que mantener la cabeza sobre los hombros y eludir el hacha del verdugo cada amanecer puede ser una poderosa motivación, pero conformarse con la explicación de que Scheherazada hacía lo que hacía por temor a morir es perder parte de su enseñanza.

Scheherazada asistió voluntariamente al ara del sacrificio y eso sugiere otro tipo de estímulo. Podríamos pensar que Scheherazada lo hacía para lograr el aplauso del sultán y conseguir así convertirse en su esposa. En un mundo tan fenicio como el nuestro tan dado a la suma y a la resta y tan escéptico hacia cualquier ideal ajeno al papel moneda, la hipótesis de una mujer que saca cuentas y se arriesga para ganar un futuro seguro y próspero es la explicación más actualizada y acorde con los tiempos.

Pero como la historia de la princesa es una leyenda, siempre cabe la posibilidad de adornarla según nuestros gustos. A mí me gusta pensar que Scheherazada poseía el fervor de cambiar al sultán con sus palabras y de hacer de él un hombre mejor. Me produce emoción imaginar a una mujer que tiene el poder suficiente como para regocijarse en lo que cuenta y que sabe que lo mejor de ella está en olvidarse del sultán, del verdugo y del amanecer y creer firmemente en lo que dice, utilizando su autenticidad como la más poderosa palanca para cambiar a los demás.

Todos los que escribimos tenemos algo de Scheherazada. Es nuestra decisión elegir si sólo queremos halagar al sultán – que tiene cara de editor y de público – para que no nos mande al verdugo del rechazo, la invisibilidad y la pobreza o sí, de vez en cuando (y esa frecuencia también la decidimos nosotros), imitamos a aquella princesa que por encima de todo contaba, escuchaba, creía y vivía sus propias historias.

Caracas, Octubre 2009